

Arte y Cultura

“La belleza de pensar”, crónicas de Edo. Anguita

Lo dijo Petrarca: “Nadie podrá quitarme el dolor de pensar”. Vivimos en esta constante función. Los entretenidos viven íntimos momentos de amenidad. Pero ¡ay de los aburridos! O de quienes no saben jugar con la palabra, o revisar las creaciones que nos entrega la cultura de todos los tiempos. El poeta Eduardo Anguita, -se apodera de todas las enfermedades de sus amigos, es un hipocondríaco- no concurrió a recibir el Premio “María Luisa Bombal”, cuando se entregaba sin concurso, como un segundo “Premio Nacional de Literatura”. “Estoy enfermo” -dijo-, víctima de una de sus tantas enfermedades imaginadas. Nadie supo cómo era él. Pero, ahora, se tiene la oportunidad de conocerle en su pensamiento y por su obra: “La Belleza de Pensar”, 125 crónicas, Ed. Universitaria, 1987, 233 pp.

Publicadas en el diario “El Mercurio” de Santiago (1976-1983) llegan con frescura, como recién salidas de la mente del poeta, calificado de “autor de poesía intelectual”. Son afortunados análisis cuyos títulos invitan, sin que uno salga defraudado: “Qué se ama cuando se ama”, “Tres formas de ser chileno”, “Dos de nuestros defectos”, “El anhelo de identidad”, o “Del Silabario Matte a Altazor”.

Anguita trabaja apoyado en su enorme trasfondo cultural y sus reflexiones nos recuerdan a otro gran animador de arte, literatura y filosofía, que fue Ortega y Gasset. El autor de “Venus en el Pudridero”, “Poesía Entera”, “Rimbaud Pecador” aporta su experiencia poética capaz de alumbrar los temas más áridos. Lo hace con gracia, asombrosa brevedad, ameno, sin dejar de lado esos toques de profundidad que permiten nutrir nuestras conversaciones futuras con brillos de inteligencia, citando o robando las ideas de Anguita. En amor y en arte, todo está permitido.

En “Yo igual yo”, se refiere a esa extraña costumbre de contestar “Soy yo”, cuando al otro lado de la puerta nos preguntan “¿Quién es?”. Creemos que basta ese yo para lograr nuestra identidad. “Pero, ¿quién es yo?” se ve obligado a preguntar el dueño de casa. Y la asombrosa nueva respuesta es: “Soy yo, pues”. Es el sencillo y diario misterio del yo. Baudelaire sentía el desdoblamiento del “yo” al mirarse en el espejo. El “Yo” tenía un doble en el espejo; y el sujeto del espejo tenía como doble a él y podía pasarse a recorrer el mundo de quien se miraba...

Interesante su divagación sobre el lenguaje “real” y el poético: no es lo mismo decir en el poema de Lorca “A las 5 en punto de la tarde” que decir “A las 17 horas”...